

FIESTAS TRADICIONALES

CAMILO FRANCISCO SALAS ORTÍZ

Miembro de Número Academia Huilense de Historia



EL SAN JUAN

Las fiestas de San Juan que celebramos los huilenses y tolimenses en junio, fueron transculturadas de España en los siglos del coloniaje, según descripción hecha por Fray Juan de Santa Gertrudis, en su libro «Maravillas de la Naturaleza» (1966).

Estas fiestas tienen orígenes remotos y míticos en Europa y están relacionadas con las Fiestas del solsticio vernal. Tengamos en cuenta que desde la más remota antigüedad, los pueblos han celebrado las fiestas del solsticio, tanto vernal en el Hemisferio Norte, el cual sucede el 21 de junio, como el solsticio hiemal o de invierno, el cual ocurre el 22 de diciembre. Se llaman solsticios estos dos días del año cuando los rayos solares llegan verticalmente más lejos de la línea del Ecuador. Este fenómeno astronómico tiene relación con el movimiento de traslación de la tierra alrededor del sol y en la misma forma, con el movimiento aparente del sol entre los dos trópicos debido a la inclinación del eje terrestre.



Los romanos celebraron las dos festividades solares en su calendario religioso: Las fiestas de fors fortuna y la fiesta del sol invictus. El 24 de junio los romanos celebraban las fiestas de fors fortuna o del solsticio de verano, precisamente en los días de iniciación de la cosecha y de los ritos a la diosa Céres o tierra madre, que según las creencias, siempre iba alumbrada por teas en busca de su hija Perséfone, la diosa de los granos, que había sido raptada y llevada bajo la tierra por Plutón. En las vísperas, el 23 de junio, los romanos

acostumbraban las lampas o teas encendidas en los campos, que son el origen de las candeladas, luminarias o fogatas.

Eran fiestas de regocijo y de carnavales multitudinarios que se realizaban anualmente con gran alegría. Como oposición a las fiestas del solsticio de verano o Fors Fortuna, que celebraban los romanos y los celtiberos en su fecha clásica del 24 de junio, la Iglesia cristiana conmemoró con gran alborozo las fiestas de San Juan Bautista «El Precursor», quien bautizó a Jesucristo en el río Jordán. En el calendario cristiano se celebra el nacimiento de San Juan el 24 de junio. Según expresa Julio Caro Baroja; en el texto «Fiestas Populares de mayo a San Juan» (1983) «San Juan Bautista, ha sido el santo que ha recibido un culto más intenso en todos los países cristianos de Europa y ha heredado una serie de prácticas, ritos y costumbres que eran propios de una o varias festividades precristianas, muy extendidas en todos los países de habla indogermánica y aún en otros que no lo eran».

Como ya lo vemos esta fiesta con profundas raíces míticas solares, es herencia romana y celtíbera, convertida en una fiesta religiosa, en honor del precursor de la buena nueva, el mensajero del Eterno.

Desde muy antiguo estas fiestas de San Juan Bautista se celebraban de noche y tenían como símbolos: el fuego y el agua. El primero representa el sol abrasador, que cae sobre los campos; y el segundo, el agua que refresca y prepara el nuevo brote.

En España las fiestas de San Juan tienen sus variantes de acuerdo con las diversas regiones.

La fiesta de San Juan entre nosotros los huilenses se celebra especialmente durante los días 23 de junio (vísperas) y el 24 de junio (día principal). Durante este mes de junio, cuando «los grillos» (aves migratorias) hacen su aparición en los campos del Gran Tolima es cuando gritamos con gran entusiasmo «San Juan, San Juan, San Juan» y se empiezan a desempolvar los tiples, guitarras y tambores para iniciar las danzas y llevar la alegría por doquier.

En las vísperas del San Juan, los tambores anuncian la fiesta en los campos, pues tengamos en cuenta que es una fiesta popular de

auténtico sabor campesino y en la cual es de tradición, que los pueblanos o habitantes de los pueblos opitas, emigren a las veredas a pasar su San Juan.

Los del Tolima Grande se reúnen en las casas campesinas a celebrar sus fiestas Sanjuaneras y a deleitar su gusto con el famoso asado huilense o lechona tolimense, los sabrosos tamales e insulsos, el exquisito bizcochuelo y la sin igual mistela. Tiples, guitarras, tambores, bailes, rajaleñas, música, pólvora y alegría son los elementos básicos de las fiestas.

Javier Ocampo López, en el libro «Las Fiestas y el Folclor en Colombia» (1984), comenta: «Hasta hace algunos años, los opitas ribereños del Magdalena o de sus afluentes, iniciaban el 24 de junio las festividades, con el baño ritual en la madrugada. El agua es el símbolo del comienzo de la verdadera fiesta; se rememora así el bautizo de Jesucristo, que como ya se dijo, fue hecho por San Juan Bautista en el río Jordán. Las gentes van a las orillas de los ríos y quebradas, en las horas de la madrugada, porque creen que «San Juan» pasa bendiciendo el agua. Esta costumbre la encontramos también entre los indígenas de Tierradentro y en especial en Calderas, cuando con el ruido de la pólvora en las primeras horas del alba, se levantan gritando ¡San Juan!; es una de las pocas oportunidades en que el indígena se baña en el año».

Una vez que los opitas terminan el baño mañanero de San Juan, los muchachos preparan su embarque para iniciar las fiestas. El San Juan es representado por un joven apuesto, fornido, alegre, bebedor, locuaz y cantador de rajaleñas con malicia y donaire. En una balsa hecha de vástago de plátano o guadua, el San Juan se embarca vestido con caprichoso disfraz; lleva tiple y una buena provisión de aguardiente. Las personas lo esperan más abajo del río, pues siempre se embarca solo. Lo arriman a la orilla entre rajaleñas y coplas, iniciándose verdaderamente la algarabía y el baile sanjuanero con bambucos, sanjuaneros, bundes, guabinas, pasillos, cañas, rumbas, etc.

En nuestro tiempo el Festival y Reinado Departamental y Nacional del Bambuco que se celebra en Neiva, han reemplazado en gran parte las fiestas campesinas del San Juan; sin embargo, todavía en muchos

pueblos las celebran al estilo de Natagaima en el Tolima y de El Hobo en el Huila.

Observemos, lo que nos dice Jairo Arias Barragán, en el libro «Tolima, Tierra de la Tumba» (1990): « Aunque no es exclusiva de Natagaima y El Hobo, ya que en otras poblaciones se conmemora, se ha conservado en esos municipios, ciertos rasgos tradicionales que la convierten en una de las manifestaciones folclóricas más auténticas de la región. En el San Juan convergen una serie de elementos: Primero, aunque es una fiesta de esencia y origen religioso, sintetiza expresiones de carácter profano; segundo, es una celebración con profundo arraigo popular, pues todos los que allí concurren se identifican con la fiesta; tercero, es pródiga en símbolos estrechamente unidos a la vida misma del campesino; cuarto, es ruidosa y alegre».

El San Juan, dice Camilo F. Salas Ortiz, en «Campoalegre: Una Mirada Histórica» (1995): «interrelaciona rasgos tradicionales, venidos desde los orígenes de la fiesta. Su celebración el 24 de junio que es el día de San Juan, perdura con el paso de los años. Conserva así el sentido religioso; permite también que allí se reúnan la síntesis del sentimiento festivo del hombre campesino: la música a través de canciones populares, vibra en las cuerdas de los tiples fiesteros acompañados siempre del tambor resumiendo en bambucos, pasillos, sanjuaneros, rajaleñas, guabinas, torbellinos, bundes, y cañas la esencia de la fiesta; el lenguaje musical proyecta su sencillez y pureza porque es extraído del alma popular. Los sones que se escuchan están relacionados con la fiesta. La danza y la poesía germinan en una tierra rica en historia y en experiencias cotidianas. De ahí surge la copla o rajaleña que es una clara manifestación de alegría, jocosidad e ingenio. Con la música vino también la mistela, el masato, la chicha y el aguardiente, el tamal, el asado y la lechona, la rellena y el sancocho de gallina, el bizcochuelo, el bizcocho de manteca, el insulso, la patata, el envuelto de maíz, la carne a la llanera y el viudo de pescado».

Se arraiga igualmente en la fiesta el hombre sobre su cabalgadura, estrechamente unido al toreo, una costumbre surgida desde la Colonia en el seno de las haciendas. Los vaqueros que traen el toro para encerrarlo en la barrera donde el campesino en una especie de ritual con la ruana, el rabo de gallo, o el sombrero se mete a «sacarle un

lance al toro» como lo ha dicho magistralmente en una de sus canciones Cantalicio Rojas. Y el hombre en su caballo que participa de la despescuezada de gallos, otro código valioso de la fiesta.

Se agrega a esta serie de manifestaciones, la llegada de San Juan por el río o quebrada y su regreso al pueblo en medio de la cabalgata, las carrozas típicas, los matachines y la música; la alborada que no es otra cosa que madrugar a continuar la fiesta con pólvora, baile y alegría general.

Adentrarse al corazón del San Juan en estos pueblos es aprender a compartir y realmente sentir las vibraciones de una fiesta tradicional en el Tolima Grande, en medio del cálido murmullo de la llanura.

Otro elemento es la música, continúa diciéndonos Jairo Arias B., «Vital, porque llena de significación la fiesta. Ahí también se sintetiza el pensamiento y las costumbres del hombre campesino. Con ella, se describen magistralmente la fuerza espiritual del San Juan. Es sobre todo alegre y en cada una de sus notas hay belleza, ritmo, remembranza y cierto embeleso porque quien la escucha y la vive, se deja llevar como por un torrente embrujador. Cómo no sentir la música, si Cantalicio Rojas, hijo de Colombia (Huila) y uno de los más grandes compositores del Tolima Grande, dedicó parte de su producción precisamente a la fiesta?. En la música de Cantalicio hay un lenguaje sencillo, amoroso, festivo, evocador, pleno de identidad. Además él se forjó en la entraña de esa tierra y por eso pudo plasmar en canciones la fuerza y la vitalidad implícita en las diferentes manifestaciones del pueblo».

Esta reflexión se extiende además a los factores que anteceden a la fiesta de San Juan. En cada hogar, de alguna manera, la familia se une alrededor de la preparación de las viandas; el arreglo del vestido o el anhelo de estrenar uno nuevo; la venta en el mercado de los frutos del campo; la consecución de los aperos que lucirá el caballo. Es decir, el conjunto de elementos indispensables en la celebración especial del año.

Y finalmente el amor que se funde en alegría, goce, diversión; cabe aquí hablar de cierto delirio popular evidente por ejemplo en la alborada, cuando desde la cinco de la mañana la gente se levanta con el ruido

de la pólvora y la música de la banda a integrarse a otro episodio de la fiesta.

Se podría concluir que el San Juan, considerada una festividad tradicional, más parece un sentimiento unido estrechamente al hombre, anclado desde hace muchos años en una tierra donde se forjó parte de lo que es el Tolima Grande; el símbolo de una raza valerosa; la manifestación clara de una serie de rasgos que identifican el sentir y el palpar de un pueblo.

EL SAN PEDRO

Después del San Juan siguen las fiestas de San Pedro. Se remonta su origen hacia finales del siglo XIX y han sido catalogadas como las fiestas de los pobladores urbanos, al contrario del San Juan, definidas como eminentemente campesinas.

En los pueblos de tierra caliente, especialmente al sur del Tolima y norte y centro del Huila, se concentran varios hechos relevantes entrelazados armónicamente con el San Pedro: el principal de ellos es musical, pues el sentido alegre y fiestero de sus habitantes comenzó a proyectarlo las bandas de los municipios que se crearon en las primeras décadas del siglo XX, según referencia del escritor Helio Fabio González Pacheco, en su libro «Historia de la Música en el Tolima» (1984).



De otro lado, el San Pedro es una fiesta que motiva a los del Tolima Grande a expresar el amor entrañable por su tierra; este afecto lo plasmó Luis H. Rivas Rojas, así en «Manuscritos sobre Folclor Tolimense» (1985): «Llegar a nuestros pueblos, en esta época, es encontrarnos con compadres y comadres; es vivir la tarde de junio cerca de un horno que ríe con el tiempo ({...}) es encontrarnos con un hombre de fuerte semblanza curtido por el sol, de arremangado pantalón pero creyente en Dios ({...}) es encontrarnos con una morena de trenzas largas, de mirar atardecido, de corazón casto y de secretos ({...}) es respirar profundamente la brisa de sus arrozales, tomarse un aguardiente, y regocijarse con un trozo de bizcochuelo. Es observar los viejos caminos bordeados por guásimos, matarrones y samanes ({...}) y hasta bañarse en la recordada quebrada ({...}) es volver de ronda por las calles añoradas y preguntar por nuestros personajes predilectos».

Es natural que todos estos factores conservan su hilo conductor con el San Pedro, la fiesta principal del Huila y Sur y Centro del Tolima.

El compadrazgo, por ejemplo, es una costumbre que se forjó en el seno de la vivencia diaria entre vecinos, amigos y parientes. Es el vínculo de unión a través del cual se realizan reuniones, encuentros y fiestas, sea en el campo o en el pueblo. Es ya un elemento cultural enraizado a lo largo del Tolima Grande. Igualmente, con ese dejo característico del calentano, se identifica claramente al hombre nacido en esta región.

Otro factor preponderante es la semblanza clara del varón y la mujer; él fuerte y ella morena generalmente de trenzas largas. Un prototipo realmente especial que define rasgos propios. Podría decirse que son la resultante de un largo proceso de fusión y asimilación cultural. Sin olvidar que el medio exterior ha ayudado con su trazo a delinear el perfil, la figura, la silueta y la sombra del hombre que nació y se forjó en el llano del Huila y Tolima.

Nuestro hombre conoce como su mano todos los secretos de su actividad, sea la agricultura o la ganadería; y por eso, su relación con el entorno en que vive es dinámica, activa, dependiente. Vale decir

que los hilos de su vida germinaron en la tierra misma y se profundizaron en el subsuelo hasta quedar aferrados con los árboles centenarios.

Esta especie de preludio de remembranzas, afectos y costumbres manifiestas que se amalgaman después en el San Pedro, son el componente palpitante de la fiesta, en la que se expresa además todo el sentir pasado y presente de quienes allí viven o llegan a participar de la tradicional celebración.

El lugar donde se celebra el San Pedro, es el mismo Llano Grande tierra de libertad; parece una inmensa puerta abierta por donde se entra a una de las provincias más queridas porque está casi en el corazón de la patria; estos dos departamentos constituyen un tesoro por su riqueza agropecuaria y no obstante su progreso, conserva rasgos culturales que son patrimonio nacional.

Uno de ellos es la música y el aguardiente que dan ritmo y alegría a la fiesta. La gente en las calles o en las casas, con sus amigos o acompañando a las reinas, vibra con la música de su tierra, se compenetra de ella y se sumerge en una especie de éxtasis que embriaga todo su cuerpo con júbilo y contento.

Tal alborozo colectivo abarca también a quienes participan y viven por primera vez un San Pedro.

Impresiona de la fiesta cómo propios y extraños propician vínculos de unidad, simplemente porque unos y otros han decidido coincidir en el mismo regocijo. Se fortalece aquí el concepto de identidad implícito en el San Pedro porque es una celebración que se compone de valores diversos surgidos y preservados al interior del mismo pueblo; fácilmente puede descubrirse el sentido de la conmemoración y penetrar en ella para compartir su sentir, su riqueza y su tradición manifiesta en la música que es una mezcla de todo lo que se ha forjado en el tiempo.

Otro elemento valioso y muy visible en los desfiles de San Pedro son las figuras míticas: el mohán, el poira, la madre monte o madre selva, la patasola, la candileja, el taita puro, la mama pura, el mandingas, la llorona, la bruja, el sombrero n, la muelona, el cura sin cabeza, la mula del diablo o retinta, que rememoran creencias provenientes de épocas lejanas y que aún se conservan en la memoria del campesino que es

quien recorre en forma cotidiana los lugares donde regularmente se suponen que habitan. El río, el monte y la llanura son algo así como la casa donde se han preservado estas creencias.

Siguen a los mitos, los matachines, los grupos de danzas y las comparsas que hacen el acompañamiento y dan colorido a la fiesta. Además de esto, recuerdan a nuestros ancestros constituyéndose en las piezas claves que insinúan directamente la real existencia de tiempos remotos cuando floreció y posteriormente se alteró, una compleja sociedad que sentó las primeras bases de lo que siglos más tarde permitiría definir una parte de lo que es el tipo y la característica propia de los hijos que habitan esta tierra.

Pero uno de los puntos centrales del San Pedro, de las cuatro últimas décadas, es la celebración de los reinados.

Las reinas son entonces, el símbolo en su esencia, más puro de la fiesta. Hacia ellas confluyen las miradas y el cariño; son ellas la razón por la cual se hacen a un lado las penas para abrirle las puertas al optimismo, a la seguridad, al deseo de vivir y de gozar a plenitud la vida.

Los desfiles como tales, son un derroche de alegría popular, de música y de carrozas cuidadosamente adornadas con motivos del campo y algunas alegorías. En ellas se incorporan los frutos de la tierra y el colorido natural de la llanura, la imaginación y la sencillez alejada de pretensiones artificiosas.

El pueblo entero se vincula a los desfiles y marcha en medio del ruido ensordecedor de la pólvora. Los jinetes sobre sus cabalgaduras en completo entusiasmo por las calles, dan mayor vistosidad a la fiesta. Y así, en esta especie de fantasía callejera continúa el San Pedro proyectando su vigencia tradicional.

Nuevamente por la tarde, la plaza se llena para la cita del toreo. Así la describe Rivas Rojas: «Rústica pero sencillamente bella. Este coso es testigo de amores, gritos y furruscas. Por su arena han pasado los mocetones o toriadores en tardes como ésta... Una vez aparece el animal embravecido, la barrera se colma de jóvenes y viejos

enguayabados, prendidos o borrachos que desean sacarle un lance al toro. Es esta una clara manifestación popular que produce expectación e incertidumbre y a la vez alegría, entre quienes van a presenciar el toreo y el pueblo mismo que se mete al ruedo, generada por el peligro de la cornada de alguien que no supo responder con reflejos y malicia a la embestida del toro»

De otro lado, no falta en el San Pedro, el exquisito asado huilense, la apetitosa lechona tolimense, los tamales, las rellenas, el caldo de chivo, los chicharrones, las papas saladas, la patata, la yuca sudada, la arepa orejeperro, el sancocho de gallina y de pescado y otras comidas típicas.

El momento culminante de las fiestas de San Pedro es la elección y coronación de la mujer más descollante del reinado; la que con sus encantos, su sencillez, su destreza en el baile, su cultura general y su simpatía, se ha ganado el corazón del pueblo y el visto bueno del jurado. Todos los argumentos de dicha celebración parecieran sintetizarse en un solo instante. Se podría fácilmente recordar desde el comienzo lo que ha sido esta fiesta, por los elementos tradicionales que conserva con el paso de los años.

Ese es el San Pedro que entregamos a Colombia y al mundo. Es la ofrenda, la gracia, el regalo, el presente, el obsequio de las gentes nacidas allá en Llano Grande; el pueblo de mil amores; el hogar donde los viejos forjaron una de las regiones más ricas del país.

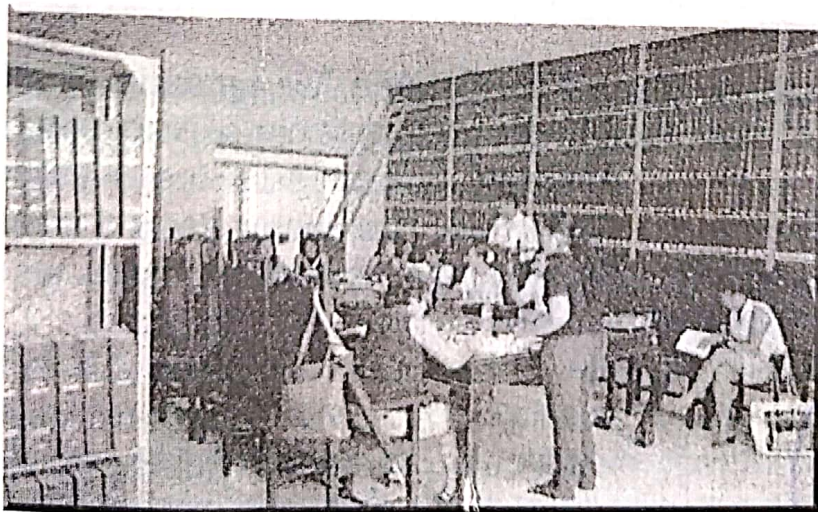
Por ello se dice que es parte del sentir huilense y sur-tolimense. Porque el hombre del llano o de la cordillera de alguna forma coincide y comparte la misma entereza, el valor, el carácter, la dignidad, la hospitalidad y la humildad manifiesta en cada corazón.

Para conocer sus tesoros, sólo basta adentrarse de lleno en el San Pedro; compartir con alegría la fiesta; tomarse unos tragos; escuchar con atención una de las bandas, uno de los grupos rajaleñeros o de música campesina, observar las danzas, los matachines, las comparsas y las figuras mitológicas; ir al toreo, observar los juegos pirotécnicos y participar en el desfile folclórico y en lo posible en la cabalgata, para descubrir que la riqueza está realmente en esos hijos del Huila y Tolima que desde los amaneceres frescos de la noble tierra

que los vió nacer tienen puesta su mirada más allá de la montaña blanca.

Como conclusión respecto a estas fiestas, es conveniente tener presente lo que el historiador Bernardo Tovar Zambrano nos dice, en «El goce festivo de los Opitas. Del San Juan y San Pedro al Festival Folclórico y Reinado del Bambuco» (1994): «La fiesta por todo lo que ella implica, por el universo social y cultural que ella condensa, cumple en esta materia una función importante, la de tipificar y representar a la región huilense y sur-tolimense, constituyéndose en la festividad emblemática de la comarca. Se trata de fiestas originariamente traídas por los españoles al Nuevo Mundo, las cuales, como en varias colonias, cobraron escenario en el Nuevo Reino de Granada, para finalmente enraizarse en el valle del Alto Magdalena, en el territorio que antaño se conocía como el Gran Tolima.

El proceso de construcción de la identidad hunde sus raíces en el pasado, pero al mismo tiempo se enriquece y se redefine en el presente. En esta dialéctica, el rescate y la conservación de la memoria y del legado cultural son procesos básicos que se integran a la resignificación presente de la identidad. Ante la crisis de los tiempos actuales, ante la epidemia de olvido para el pasado y la falta de utopía para el futuro, la fiesta se presenta como un escenario privilegiado donde colectiva e integradamente se rememoran los orígenes, se celebra el autoreconocimiento en el presente y se conciben ilusiones para apostarle al porvenir. Con ello, aseguramos nuestra continuidad en el tiempo».



Archivo Histórico. Academia Huilense de Historia